

El otro lugar

Fernando Delmoral * / Facultad de Ciencias Químicas

Teresa caminaba lentamente un “poco sonámbula” flotando al ritmo de la luz del aparato de T.V. que sin transmisión emitía rayos de luz y zumbidos en la oscuridad del *living*; estaba buscando ese otro lugar distinto a la presencia y a la ausencia. Ayudada por el primer *scotch* de la noche hizo una pausa en el silencio de la cocina. Desapareció por un momento y regresó para servirse el segundo. Lo iba a necesitar porque “aquello” había empezado una vez más. Primero los martilleos, los pasos y los muebles arrastrados, después los chirridos y los efectos cada vez menos predecibles. Ahora sólo faltaba contestar golpeando a su vez para demostrar que tenía el mensaje.

Era un edificio de departamentos nuevo y limpio. Era un cuarto piso. Casi deshabitado, cuando alquilara el sitio parecía una tumba. Ningún signo de lo que iba a venir. Corrió la silla y escuchó un efecto como respuesta. Era así a todas horas y caía del piso de arriba. A todas horas, a las nueve, a las cuatro, a las tres de la madrugada; en el baño, cocina, cuarto. Eran una mujer enferma y su hija. ¿O quizás las dos niñas y la sirvienta? Todo el día golpeaban y emitían gritos como con intención de romperle cualquier momento de paz. A veces los ruidos se volvían autónomos y podrían explicarse como el ajetreo de quién sabe qué ceremonias hogareñas. Pero a ella le molestaba fuera o no con intención. Lo peor era sentirse invadida y al mismo tiempo odiarse por ser tan vulnerable. Pensó en la molestia que su sirvienta pudiera ocasionar cuando también trabajara en la cocina. Pero había ciertamente grados de violencia. Se colocó unos lentes negros y se vistió dispuesta a subir y arreglar la situación. Sólo que los sonidos habían desaparecido. Ahora se oía solamente el ruido de las patas de las palomas en el borde de la ventana. Debía ser la retirada. Esperó cinco minutos y puso su mejor concierto de Haydn. Estaba ya en la música cuando los ruidos irrumpieron con precisión en el concierto, deletreando literalmente: mue-ra-tu-mú-si-ca. Teresa apagó el aparato: esta vez sabía que arriba había una enferma mental. Había cosas que ella podía saber y ésta era una de ellas. Había cosas que no sabía pero que ocurrían y había cosas que ni sabía ni ocurrían.

• Del Taller de Cuento.

Salió. Entró al ascensor y señaló el botón del piso quinto. En cuanto tuvo la puerta del 501 enfrente golpeó violentamente. Una voz de mujer detrás de la puerta se filtró preguntando qué quería.

—Soy del piso de abajo. Quiero pedir que eviten ya esos ruidos salvajes a todas horas. Es un zoológico y yo no estoy dispuesta a soportarlo. O todo esto desaparece o llamo a la policía.

Miró el reloj. Era la una y media. La mujer no iba a abrir por miedo. Seguir en aquella especie de confesionario era grotesco. Para su sorpresa la mujer se declaró inocente, manifestando una incomprensión total. Teresa se disculpó. ¿Sería el departamento de enfrente? ¿Era el piso tres en donde esa mujer negra . . .? ¿Los pisos funcionaban con efecto de teléfono, distorsionando los ruidos? Planteándose posibilidades, se acostó y encendió esta vez el radio portátil. Había un golpeteo silenciado pero igualmente molesto. Al poco rato estaba en otra parte perdida entre ruidos y música ayudada por los primeros efectos del licor.

Al día siguiente, sentada en el escritorio de su galería de arte y terminando el café que su secretaria preparaba en la biblioteca del fondo, comprendió que tenía que abandonar esa casa antes de que algo terrible sucediera. Ella era serena, podía pasarse el día entero encerrada en esas paredes desnudas y blancas leyendo o sin leer sin que las intrusiones de clientes o visitantes le afectaran. Observó la ambientación de tubos fluorescentes y música electrónica que Vogler había instalado. Era un ambiente simple: sonido y luz, arte y azar. ¿Por qué no podría armonizarse el caos sonoro del departamento con lo demás? Mientras se conectaba por teléfono con amistades o clientes, de vez en cuando saboreaba las apariciones de las pocas aves que acudían.

Esta vez había cuatro individuos peculiarmente enfundados en abrigos largos y sandalias, al parecer genuinamente preocupados con la situación ambiental. Teresa interrumpió su llamada para aclarar que no se había editado catálogo y se dio la vuelta para oír más cómodamente la voz de Del. Los individuos entonces abrieron sus abrigos para mostrar el sexo al que pertenecían y adoptar posiciones complicadas en los ángulos de las paredes. Después apuntaron sus opiniones en el libro de participación colocado en el centro de la galería y cerrando sus abrigos salieron con naturalidad. Teresa dirigió la vista al grupo porque había creído oír una palabra ofensiva, pero esta vez no estaba segura de saber.



Olvidó la noche anterior, olvidó la negligencia de su secretaria, olvidó la idiotez de los hippies y se dirigió al jardín en donde se habían citado a las ocho. Ella podía olvidar. Ocurrió además que había olvidado que su reloj contaba con dos horas de retraso.

Estaba aspirando el olor de los arces mojados por la lluvia reciente sin experimentar la menor urgencia de que Del llegara. Era una de esas noches. Lanzo una moneda al aire y vio la caída en un charco. En seguida improvisó su poema del día:

“Una moneda . . . Name it . . . Un charco . . . Can't mis them all . . .
¡PLOP! . . . It's Up to it . . . Ni reflejo ni sonido . . . take the chance.”

Se agachó y metiendo la mano en el charco helado, sintió que estaba haciendo otra vez una de esas cosas . . . ¿un exorcismo o un compromiso? Sacó la moneda y se limpió, después de mirar el reloj se observó en un espejo.

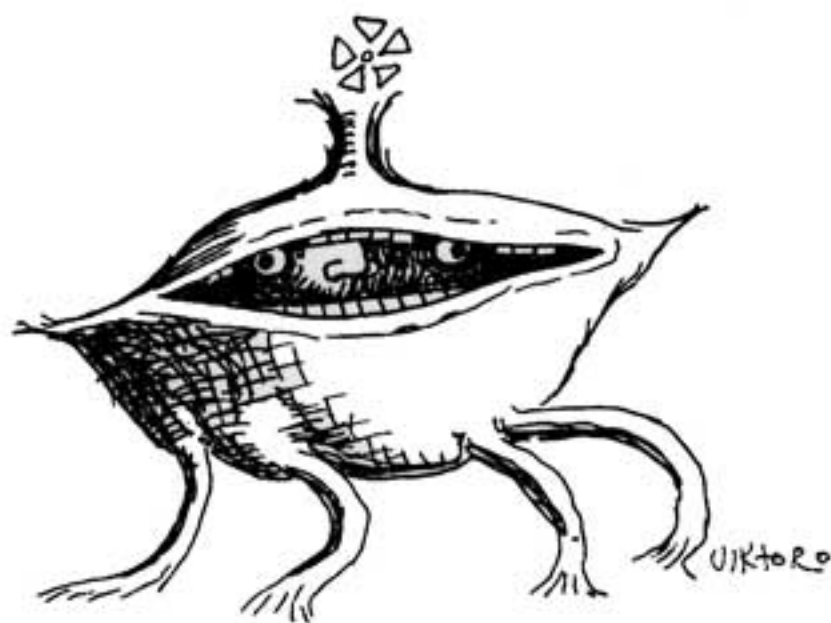
“Ahora saco mi espejito. Alguien me tomó una foto, oí el click. Esos de ahí van a creer que soy de la calle, ¿qué le acurrió a Del?”

Se estaba contando el lugar en que estaba. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Contándose sin palabras, sin decírselo del todo? . . .

La próxima vez que se vieron en el departamento de Del se colocaron como de costumbre de espaldas a la cabecera dispuestos a decirse todo lo que se podía decir evitando en lo posible el uso de palabras.

El tiempo se hacía tan corto. Ella quería contarle las experiencias inquietantes pero temía contaminar la situación, casi siempre mantenida en discreción y austeridad. Jugaban en frío. Las cosas se tomaban y dejaban. Sólo que tenía que contarle a alguien hasta qué extremo se estaba transformando en otro tipo de mujer.

Al llegar a su casa dibujó un signo de muerte junto al botón del 300 en el ascensor. Era un desplazamiento, pero al menos había una reacción: a lo indirecto lo indirecto. Imposible bajar al piso tres y volver con el cuento de que los ruidos resonaban. Cerró las cortinas de su cuarto y advirtió las manchas que los pájaros habían hecho en el borde de la ventana. Se colocó algodón en los oídos y tomó un antidepresivo: ella sabía evadirse.



(Dos mujeres caminaban por la calle protegiéndose de la lluvia mientras un tipo escuálido las seguía pidiéndoles que se detuvieran.

—No se van a escapar de mí porque vayan tan de prisa).

El ascensor del edificio se abría y cerraba, subía al cuarto piso, bajaba, volvía a subir, sin que pudiera decirse que ninguna persona lo accionara.

En el departamento contiguo al de Teresa, todavía desalquilado, se oían silbidos. Pero eso no era relevante.

Habían ocurrido otras cosas que Teresa no sabía. Pero tampoco eran relevantes.

A la mañana siguiente Teresa anotó los hechos:

Presencia de sensaciones paranoides. Disonancias sonoras localizadas en el piso tercero. Gritos de niños histéricos en casi todos los pisos. Capacidad creciente de control y serenidad ayudada por la amitriptilina.

Días después tuvo que añadir un hecho más: Un accidente terrible había sucedido en el edificio, dos niñas habían perecido cuando intentaban “volar” desde la ventana del sexto piso.

Durante un tiempo no dio un pensamiento al suceso. Después de todo no podía ya creer que había esa “otra cosa”. Ninguna evasión ni contaminación.

Nada que explicar ni explicado a través del sistema de hechos pretendidamente significativos. Nada de siniestros o inquietantes. Nada. Ni siquiera la posibilidad de afirmar o negar.

Repitió una vez más el sistema de signos como verificando la posibilidad de dejarlo entre paréntesis o exacerbarlo en manchas pictóricas o esbozos de narración en su diario.

Despidiéndose de Del, antes de irse abrió la ventana y el aire frío la devolvió otra vez al mundo.

—Lo malo de ti es que eres un aburrimiento que divierte —dijo probando a abrir totalmente el marco.

—Sol el viejo de los dulces —dijo Del sugiriendo con un gesto que el aire le cortaba.

—¿A la misma hora aquí pasado mañana? —preguntó cerrando de un golpe.

—A la misma hora, en tu casa para variar.



—Está bien. Ríete de lo que te he contado. Date el gusto.

—¿Te enfadaste? Debe ser la casa de Hoffman y sus fantasmas... muy pintoresco... oye hay muchos departamentos en México, sabes... claro que tu temperamento femenino...

Pero no era solamente su temperamento femenino. Ahora eran sensaciones mezcladas y sospechas cada vez menos coherentes. Era algo terrible precisamente por no tener significado ni explicación. Las investigaciones policíacas en torno al accidente lo habían trastocado todo. Ahora cualquier detalle llamaba a otra cosa. Poco a poco se dio cuenta de elaboraciones oníricas e ilusorias que se unían a la caída de las niñas de una forma que no provenía del hecho natural, sino como inyectado desde otra parte.

En su diario se hilvanaban dibujos y frases confusas.

“Marzo 20.

Decidida a jugarme el todo por el todo, esta mañana, a pesar de mi angustia, armándome de valor me dirigí a la ventana para mirar...

La criada dice que la segunda niña murió porque la primera vino a llevársela.

El velador de la portería es tuerto.

Parezco encontrar ese placer en la morbosidad de esta sensación de contar.

Algo empieza y acaba.

Sólo se vive de la vida.

Fantasías en donde mi cuerpo se disuelve en sangre y un rostro me muerde.

La negra del piso tres ha colocado barrotes en las ventanas para evitar que sus crías vuelen.

Todo esto parece unirse a un ausente.

Es algo que existe, pero es un sistema que habla consigo mismo. En ser autónomo tiene su misma posibilidad de realidad...

La verdadera evasión sería irme a Suecia una temporada.

Debo continuar, ni cuerpo, ni mente, sólo MU... Mu...”

(Dibujos apenas esbozados por encima de toda la página).

Teresa no sabía que iba a llover. Cuando llegó otra vez a casa de Del estaba del todo mojada. Prendieron la chimenea y no encendieron la luz. El arreglo fue perfecto. La sesión había rescatado cosas que creían perdidas para siempre. En la proximidad del fuego se había vuelto otra vez a ese



borde especial, en una especie de pacto realizado ya no en o del momento sino fuera del momento.

Imposible hacer algo. Todo estaba sostenido. Lo siniestro se correspondía tanto a su relación con Del que podía decir que estaba en el vacío perfecto. Nada por sentir. Nada por comprender. Nada por intuir. ¡MU! Sin embargo, los síntomas se evaporaban y el amor volvía a la vida.

De hecho no recurría ya a los antidepresivos. Y los ruidos eran solamente ruidos. Recuperó su vieja voracidad por los antojitos y metida de lleno en el reino milenario y las novelas policíacas de Cornell Woolrich volvía a ser ella misma. Cuando en dos ocasiones estuvo a punto de ser atropellada reaccionó como cualquier ser humano, no dándole importancia.

Si tenía la impresión de ser vigilada, probablemente era vigilada. Si le susurraban insultos a sus espaldas, era que realmente así sucedía. Si sentía ligeros vértigos en terreno firme, se trataba de ligeros vértigos, nada más.

Guardó en un paquete su diario íntimo, dibujos y estudios en torno al accidente de las niñas y se deshizo del bulto en un colector público. No sabía si aquello iría a parar a manos extrañas. Y de hecho eso era algo que nadie podía saber.

En el nuevo coche de Del, una vez más y ante el horizonte del centro de la avenida empezaron a relatarse los instantes de aquella misma tarde.

Teresa mencionó el calor sofocante, la música y el viento en el balcón. Del no hablaba mucho, probablemente quería estar solo.

Esa tarde no había salido todo bien. Empezaron a contar otras tardes dignas de ser revividas.

Por fin Del aventuró un comentario. No le había hecho la menor gracia lo del balcón. Había sido eso seguramente. Hacía mucho calor y estaban en el balcón. Ella al regresar con unos cigarros dio un traspie estando a punto de empujarlo al vacío.

Ahora había ese aire de molestia que algunas veces se manifestó entre ellos menos directamente. Del repitió que había cosas que no le hacían gracia. Pero ya se había dicho todo. Teresa sabía que todavía podía decir algo pero que sería del todo inútil. Se bajó del coche casi herida por la frialdad de Del y se despidió. Esta vez lo hizo estando segura de que iba a hacer ese viaje a Suecia, que realmente la llevaría a otra parte.

